

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

José Luis Lorenzo

“Prólogo a la segunda edición”

p. VII-XXVIII

Pedro Bosch-Gimpera

El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España

Segunda edición conmemorativa

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1995

430 p. + [XLVI]

Figuras

ISBN 968-36-4439-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/001/poblamiento_formacion.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



PROLOGO A LA SEGUNDA EDICION

Se me ha concedido el honor de prologar la reedición de una de las obras fundamentales de don Pedro Bosch-Gimpera bajo el supuesto de ser, o haber sido, su discípulo, lo cual acepto con temor, pues don Pedro era inalcanzable, único.

Tan difícil y grave tarea sólo puede ser parcial y no ir más allá de dar a conocer algo semejante a una biografía, en parte con datos ajenos, algunas menciones de hechos más o menos conocidos y, claro está, con lo que de don Pedro me he quedado íntimamente.

Fuente informativa al respecto es la que hace poco tiempo, en 1993, aportó Teresa Bosch Romeu, quien presentó una tesis para obtener la Licenciatura en Historia del Arte titulada Pedro Bosch-Gimpera: la contribución humanista de un científico. Una primera parte de este trabajo la dedica a los datos biográficos, divididos en tres fases: 1891-1934: la familia, la formación académica, primera etapa de su vida científica; 1931-1939: su actividad universitaria social y política en Cataluña; 1939-1974: el exilio, segunda etapa de su vida científica. Una segunda parte de la obra está totalmente integrada por la trayectoria de don Pedro en México y la tercera más bien incluye las conclusiones que conforman la tesis.

De la segunda parte atraen la atención las catorce entrevistas que la autora hizo a quienes pensó que habían tenido algo que ver con don Pedro. De estas entrevistas, once se hicieron a quienes fueran sus estudiantes, la de Adela Ramón, quien además de estu-

dante fue secretaria y bibliotecaria en Barcelona del Museo Arqueológico con don Pedro y entonces empezó a cursar la carrera de Arqueología, carrera que terminó en la ENAH, más la que se le hizo a Carlos, hijo de Bosch-Gimpera. También la de un colega argentino, Juan Schobinger, discípulo de Osvaldo Menghin.

Lo dicho por los ex-estudiantes entrevistados tiene la variante interna y real de expresar, en la mayor parte de los casos, lo que suponen acerca de don Pedro, pues con él por lo general no tuvieron mayor relación que la obligatoria de atender a sus clases; algunos pudieron profundizar ese trato en los seminarios de doctorado, al menos en un tiempo, cuando los doctorandos éramos muy pocos; sin embargo, en todos está presente el reconocimiento de su calidad humana.

También aporta datos sobre don Pedro la sistemática y completa bio-bibliografía que Juan Comas hizo para el volumen que el INAH publicó en 1973 con motivo del septuagésimo aniversario de don Pedro. En la división temática de esta obra es aparente la diversidad de intereses de Bosch-Gimpera y se pone de relieve la capacidad del entonces homenajeado. La sección I corresponde a publicaciones de carácter general (Prehistoria, Antigüedad, etcétera); la II a Prehistoria del Occidente de Europa y del Mediterráneo y sus relaciones; la III a Arqueología y Etnología de la Península Ibérica, producción tan abundante que tuvo que dividirse en: a) generales, b) Paleolítico y arte rupestre, c) Neo-eneolítico; la IV corresponde a colonizaciones fenicia y griega de España. España romana; la V sobre actividad arqueológica: museos, congresos, etcétera; la VI a ensayos, etcétera, sobre cuestiones históricas referidas especialmente a España; la VII a cronología de investigaciones, comentarios; la VIII a problemas universitarios; la IX a Prehistoria y Protoshistoria americanas; la X a traducciones, y la XI a reseñas.

En 1976, la Universidad Nacional Autónoma de México, a través de su Instituto de Investigaciones Antropológicas —en aquellas fechas bajo la dirección del doctor Jaime Litvak—, publicó un

libro titulado In memoriam Pedro Bosch-Gimpera 1891-1974, en el cual se reunieron varias aportaciones, entre ellas la útil bibliografía ya citada que preparó Juan Comas y artículos de algunos de los muchos estudiosos que mantuvieron algún género de relación con don Pedro.

Son de importancia, a mi modo de ver, sin que esto disminuya la calidad de las otras aportaciones, los trabajos que representan lo que en alguno de ellos se menciona como la “Escuela de Barcelona” en el ámbito arqueológico y que se atribuye al recordado Bosch-Gimpera. Ahora bien, el que Barcelona haya sido la sede física de todo un movimiento, el de restauración del ser histórico catalán, es un accidente geográfico. No, don Pedro era catalán, al igual que la escuela a la que dio inicio, en la que se comenzaba por los orígenes peninsulares, ya con sus peculiaridades territoriales y culturales, las que desde tiempos históricos dieran lugar a las existentes diferencias regionales. Originó, mantuvo (y se mantiene) la indudable “Escuela Catalana de Arqueología”.

Otros documentos que juzgo importantes, como sus Memorias, publicadas en Barcelona en 1980 por Ediciones 82, y la entrevista que le hizo en París, en 1971, Baltasar Porcel, no los he podido consultar, pero pienso lo fueron con amplitud en el trabajo de Bosch Romeu citado.

Hace 20 años, el 9 de octubre de 1974, murió en la ciudad de México Pere Bosch i Gimpera, nacido en Barcelona el 22 de marzo de 1891.

Hace 50 años se publicó por la Universidad Nacional Autónoma de México su obra El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España, trabajo que totaliza 336 páginas de texto, 15 de addenda y corrigenda, 71 láminas, 12 mapas y el índice de materias, éste de 65 páginas.

Muy del autor las numerosas addenda y corrigenda y la amplitud de éstas, por lo general debidas a la tardanza en editar sus originales, lo que causaba la necesidad de incorporar datos recientes, necesarios, pues el autor se mantenía muy al tanto de las novedades en lo relativo a sus estudios.

Los originales que aquí en México daba para que las secretarias los transcribiesen y que alcancé a ver se caracterizaban por lo que llamaremos indulgentemente disparidad de formato, ya que se componían de páginas, originalmente de tamaño carta, a las que añadía fragmentos recortados y pegados que podían alcanzar casi medio metro. Alguna vez me dijo que él escribía con pegamento y tijeras.

El que ahora aparece fue un libro fundamentado en otro de 1932, Etnología de la Península Ibérica, del que, en la Introducción que hace a la obra que se comenta, dice: “Desde nuestra Etnología, publicada en 1932, se hacía necesario revisar muchas de nuestras conclusiones.”

Mi relación con don Pedro comenzó a partir de la fecha en la que entré como alumno en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, en 1945, y prosiguió hasta la de su fallecimiento en 1974. Maestro y amigo, maestro más en su forma de hacer la vida que en la cátedra y amigo en la relación que podía existir entre un alumno y el profesor con tal disparidad de edad y conocimientos, si bien en este aspecto había un campo de común interés, la Prehistoria, aunque por ésta en México se entienda tan sólo lo que en el resto del mundo se llama Paleolítico y, en cuanto a la visión generalizadora de don Pedro, el Paleolítico era de menor importancia que sus grandes amores, el vaso campaniforme y la Edad del Bronce.

Desde luego y como se demuestra en otra obra monumental, su Historia de Oriente, publicada en 1926-1928 en Barcelona y ampliada en Guatemala en 1947-1951, don Pedro manejó con soltura las arqueologías de varios continentes, sobre todo de Europa y Asia y, desde luego, la del área mediterránea como su mayor interés.

De lo de América, quizá su tardío interés en el tema, unido a su claro sentir difusionista heredado de su formación básica en Alemania, le condujo a establecer relaciones extracontinentales desde fechas muy antiguas, con lo cual, y por ciertas semejanzas en la

tipología del instrumental lítico, enunció un poblamiento inicial del continente decenas de miles de años antes de lo que, en aquellos tiempos, se admitía y, curiosamente, ahora se da por asentado en cuanto a las fechas.

Es importante, creo yo, señalar con claridad que don Pedro fue siempre don Pedro, esto es, jamás nadie le llamó maestro o profesor, salvo, puede ser, quienes no lo habían tratado. Era todo un señor, inclusive para aquellos que no entendían su muy superior calidad humana.

Los estudios los inició en la Escuela Poliglota de Barcelona, donde cursó toda la primaria y el primer año de bachillerato, que continuó en un instituto de enseñanza pública, el actualmente llamado Jaime Balmes; entonces comenzó a aprender francés en la Alianza Francesa local.

Se inscribió, una vez terminado el bachillerato, en las facultades de Filosofía y Letras y en la de Derecho, de la Universidad de Barcelona, alcanzando la licenciatura en ambas; la primera, que consideraba como ornamento cultural, y la segunda como fundamento económico. Llegó a ejercer algún tiempo como abogado.

Inmediatamente obtenidos ambos títulos se dirigió a Madrid, a la Universidad Central, para hacer allí los doctorados correspondientes, siendo el de Letras sobre la traducción y estudio de los poemas de Baquílides de Ceos en 1911, y el de Derecho sobre las relaciones de los estados griegos y el derecho de la guerra helénica, que no llegó a presentar públicamente, pues los sinodales tuvieron prisa por irse de vacaciones y, como su interés estaba centrado en lo correspondiente a Letras, no se preocupó por completar oficialmente su doctorado en Derecho.

En el mismo año, 1911, se fue becado a Alemania, orientándose primero hacia la helenística, luego a la Arqueología en Prehistoria e Historia Antigua. Pasó en Alemania dos ciclos académicos —1911-1912 y 1913-1914— y entre ambos hizo su licenciatura en Historia en la Universidad de Madrid, a la que siguió, en 1915, la tesis doctoral en Historia, ahora sobre la cerámica ibérica.

Desde su segundo año académico en Alemania empezó a manejar la Etnología Prehistórica con Kossina, de donde proviene su relación teórica con los kultur kreise. Su estancia alemana le facilitó establecer relaciones profesionales por toda Europa, las que lo llevaron a concebir que la prehistoria de España, tal como entonces se entendía, no debía consistir en estudiar las piedras únicamente, sino llevarla a una verdadera historia. Se había transformado en un arqueólogo-historiador, algo que entonces era inexistente en la península Ibérica, claramente expresado en la entrevista que le hicieron en 1971, en la que señaló que en aquellas fechas trataba de hacer un intento de sistematizar la evolución prehistórica, dándole un sentido histórico a partir del Neolítico, por lo que también ordenó el francés, identificando a los pueblos primitivos de España con los pueblos que los autores de la Antigüedad nos hacen conocer y así relacionarlos con los del resto de Europa, manejando tanto los vestigios arqueológicos como los índices históricos y sus raíces filológicas.

Sus maestros en Alemania fueron Wilamowitz, Frickenhaus, Loeschke, Rodenwaldt, también Schmidt, Delitzsch, Regling y Meyer, los últimos respectivamente de Prehistoria, Mesopotamia, Numismática e Historia Antigua, lo que le dio las bases para su Historia de Oriente en 1926.

A partir de 1915 inició su carrera académica en el campo oficial, primero como director de Servicios de Investigación del Instituto de Estudios Catalán, el que, en 1933, tras el advenimiento de la República, pasó a ser el Servicio Oficial de la Generalitat de Catalunya. Ganó la cátedra de Historia Antigua y Medioeval de la Universidad de Barcelona en 1916 y creó entonces en ella el Seminario de Prehistoria, sobre el patrón establecido en las universidades alemanas.

Pienso que en ese momento se originó lo que se puede, y se debe llamar, la Escuela Catalana de Prehistoria, de tal calibre en un tiempo que alcanzó a resistir, con éxito, la estultez académica que el franquismo estableció durante su imperio, hasta el punto de

que los prehistoriadores allí formados llegaron a ocupar gran parte de las cátedras de Arqueología que se conseguían por oposiciones, salvo, claro está, las más jugosas, destinadas a los hijos o ayudantes de los prehistoriadores favorecidos por el régimen, sobre todo los de Madrid, desde donde los capitolos del aspecto cultural del Estado manejaban la Arqueología, entre otras muchas cosas, normándose por aquello de “España, una, grande, etcétera”.

Don Pedro siempre trató de que en Barcelona se creara un Museo de Arqueología, lo que consiguió en el papel en 1931 y en la realidad hasta 1934. En Montjuic, cerro que forma parte de la ciudad, se inauguró en 1934 ese Museo, al que se incorporaron los Servicios de Excavaciones y los de Prehistoria de la Universidad de Barcelona, obteniéndose la integración de la arqueología catalana.

La lucha creativa, insistente, conducida a lo largo de años, buscando plasmar el sentido histórico de la arqueología, fue su guía tanto desde el punto de vista de la integración cultural de la península, de donde surgió su obra de 1932: Etnología de la Península Ibérica, como el sentido catalanista, demostrado en múltiples publicaciones en su vernáculo catalán, que parece manejó con galanura.

La labor creativa de don Pedro pudo plasmarse con la llegada de la República en 1931, a lo que se unió pronto la Autonomía de Cataluña, la Generalitat, como se ha señalado. Habiendo establecido la realidad de la pluralidad cultural peninsular sobre bases inobjetables, era obligatorio que, en el reconocimiento de esa pluralidad, tuviese los elementos para entender la caracterización de lo catalán, sin negar por ello la relación del conjunto, parte del hecho ibérico, el de mayor profundidad histórica.

En 1917 se había matrimonio con Josefina García, dama sevillana, que conoció en Madrid, con la que procreó sus tres hijos: Pedro, Carlos y Trini. La dedicatoria que hace a la obra que prologamos es demostrativa de algo que se mantenía tras 27 años de matrimonio: “Iosephinae in fortuna et adversitate uxori dulcissimae sacrum”, y que duró hasta su muerte.

Parte importante en la actividad de don Pedro fue siempre la política, pues se consideraba habitante del mundo, español y catalán, por ese orden; y hay que aceptar que, ante algunas situaciones, el orden se invertía y, para ello, no hay más que revisar su bibliografía primero y, luego, su participación oficial en la República española y en la Generalitat catalana.

Pese a lo meticuloso de la bibliografía del doctor Juan Comas, en ella no se incluyen en la parte VI, la de ensayos, etcétera, los artículos de carácter político, sobre todo los que publicó en México (en su mayoría a partir de 1940, los años del exilio). La inclusión de tan importante actividad debió hacerse, además, en capítulo aparte.

Su participación en la República española en el campo académico fue de 1931 a 1933 como decano de la Facultad de Filosofía y Letras y, de 1933 al final de la Guerra Civil, 1939, como rector, habiendo participado en su conversión en autónoma. Su rectorado significó, a pesar de las dificultades de la guerra, hacer de la universidad catalana uno de los centros de investigación de importancia y el de mayor esplendor en su tiempo.

Lo anterior señala la actividad académica; pero, como hombre comprometido con sus ideas, Bosch-Gimpera aceptó el nombramiento de Conseller de Justicia en el gobierno catalán como representante de su partido, Acción Republicana de Cataluña, a raíz de las modificaciones en la estructura del gobierno de la Generalitat que se produjeron por los hechos de mayo de 1937. Posición difícil ésta debido a que la pérdida de poder del sector anarcosindicalista y su aliado de supuesta caracterización troskista, el POUM, puso en las manos de los sectores republicano, socialista y comunista el manejo de, por ejemplo, la Justicia de la Generalitat, con lo que don Pedro se vio en un difícil equilibrio, como el que supuso mantener el culto religioso rescatándolo de la clandestinidad, normalizar la administración de justicia y, también, la preservación del patrimonio artístico.

En febrero de 1939 salió definitivamente para Francia, habiendo ayudado intensamente a la evacuación de intelectuales que, por el simple hecho de serlo, el franquismo los consideraba enemigos.

Pasó a Gran Bretaña, invitado por la Universidad de Oxford, para dar unas conferencias como huésped de la John Rhys Memorial Lectures de la British Academy, sobre arqueología céltica. En la Universidad de Edimburgh, invitado por Vere Gordon Childe, tomó parte como conferencista en la Society of Antiquaries de Londres y participó en la reunión anual de la British Speleological Association, al igual que en el Congreso de aquel año de la British Association for the Advancement of Sciences.

Estuvo en Colombia, primero, y en Panamá, después, dando conferencias en ambos lugares, hasta que, en 1941, llegó a México, donde reorganizó su vida familiar y académica.

Legalmente mexicano desde 1942, como tal representó a México en numerosísimas reuniones internacionales. Pedro Bosch-Gimpera, al adoptar la nacionalidad mexicana asumió el serlo, y jamás, en las varias veces que coincidimos en reuniones internacionales, dejó de representar a su país de adopción y lo honró como a tal.

En él, como en otros muchos de su edad, el concepto de “trans-terrados” pudo ser aceptado, pero la realidad es que el creador de tal concepto, José Gaos, empezaba a ser alguien cuando imaginó el concepto; don Pedro ya era él en aquel entonces y llevaba con él todo el mundo.

Tan pronto como llegó comenzó a dar clases, primero en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y en la ENAH, y en el México City College (luego Universidad de las Américas) después, sin duda debido al gran apoyo que siempre le dio don Pablo Martínez del Río, personaje muy interesante en la llamada Prehistoria mexicana y, sobre todo en la americana, pues a él le debemos la primera obra documentada publicada en español y en México sobre el poblamiento de América.

También dio cursos en Guatemala, entre 1945 y 1947, en don-

de fue distinguido en 1954 como profesor honorario, fundador de la Facultad de Humanidades en aquella Universidad de San Carlos, y dejó para ser publicada allí su Historia de Oriente.

Conferencista en varias instituciones de la ciudad de México y también en las universidades de Guadalajara, Monterrey y Saltillo, a las que unió las de El Salvador y La Habana.

Nombrado jefe de la División de Filosofía y Ciencias Humanas de la UNESCO, en 1948, permaneció en ese cargo hasta 1952.

Al regresar a México, prosiguió sus cursos en la ENAH y la UNAM lo nombró investigador de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Históricas, que en aquellas fechas disponía de una Sección de Antropología, de gran calidad internacional, debida a la presencia de valores tales como don Pedro, Morrish Swadesh y Paul Kirchhoff. También había otros investigadores.

En 1967 la UNAM lo distinguió como investigador y profesor emérito del Instituto de Investigaciones Históricas, y más tarde del de Investigaciones Antropológicas, cuando la Sección de Antropología alcanzó existencia propia como instituto de investigaciones.

Viajero impenitente, asistió a múltiples congresos, simposios, seminarios o reuniones, siempre y cuando el tema o los temas le atañeran, y siempre como representante de México.

De acuerdo con su bibliografía, su etapa mexicana parece haber sido la más productiva. Algo comprensible, pues, alejado de compromisos políticos, para él ineludibles en un tiempo, dispuso después de todo del que sus intereses académicos requerían.

En el aula, don Pedro era una calamidad, aunque quizá nos quedaba grande, pues la magnitud de sus conocimientos lo llevaba a digresiones de varios días, saliéndose de lo específico del tema, ya que encontraba una serie de correlaciones que los alumnos, al fin y al cabo de maestría, no podíamos seguir con el carácter global que él manejaba.

En ciertos momentos daba clases exclusivamente para eruditos, sin que lo fuéramos; sin embargo, en los seminarios de doctora-

do, con mejor formación por parte de los doctorandos y, sobre todo, en pequeño número, se establecía una relación continua en la que se podía valorar no sólo la reconocida amplitud de conocimiento, sino también, y era lo más importante, el criterio en el modo de manejar la información, a pesar de la firme creencia que tenía sobre la imposibilidad de que alguien pudiera falsear tal cosa.

Parte de la dificultad de sus cursos era que partía del principio de que todos los alumnos éramos políglotas como él, por lo cual sus bibliografías incorporaban indistintamente el alemán, el inglés, el francés o el italiano, sin evitar algunas otras en latín o griego; es cierto que éstas últimas sólo como referencia secundaria. A lo anterior se unía lo que llamábamos las "sábanas" de don Pedro, enormes cuadros de correlaciones culturales basadas en las glaciaciones que conformaba pegando grandes hojas de papel cuadriculado en el que los estadales, los tiempos de avance del hielo, se coloreaban de azul y los interestadales, los retrocesos de los hielos, de rojo. Malamente unidas las hojas, las desplegaba en aquellas clases en las que su presencia era fundamento del tema, pues las alteraciones climáticas se unían a los desarrollos culturales y, sobre todo, a las expansiones de esos procesos, generándose algunas confusiones cuando las partes componentes se despegaban fragmentándose el conjunto, que era de algunos metros cuadrados.

Su formación unía el concepto geográfico al cultural en una línea que, después, en la ENAH nadie ha podido seguir, salvo en lo que llaman ecología; hubo un tiempo en el que mediante el curso de Antropogeografía se cubría, con mayor amplitud y realidad, el entorno del hombre a través del tiempo.

Sus famosas "sábanas" presentaban serios problemas de relación pues no todos los autores estaban de acuerdo en las fechas y, como don Pedro era incapaz de pensar que había quienes adulterasen los datos, se veía en dudas ante las informaciones opuestas que leía. Esta perplejidad era lógica en este caso, pues se trataba de un aspecto de la Prehistoria que, a pesar de que lo conocía, no era

campo en el que mejor se moviese. Para don Pedro el error de ciertas fechas podía existir, como él lo reconocía en algunos de sus escritos ante las nuevas informaciones, pero la adulteración se le hacía inconcebible.

Al igual, con amplitud de criterio y generosidad, perdonaba la ignorancia demostrada. Respecto de ello recuerdo que, habiendo sido sinodal de varios exámenes profesionales de maestría, junto con él, en algunos casos, al escuchar las pobres respuestas del sustentante, y, por haber leído y anotado la tesis, con suavidad dibujaba en la hoja en que llevaba sus notas un pez, que no era el símbolo de los primeros cristianos, sino la expresión española de “esta pez”, denotativa de ignorancia completa. Esto no llevaba a negarle al incapaz la aprobación, porque en ese sentido era de una magnanimidad total, posiblemente algo calculado, pues alguna vez que le pregunté acerca de esa lenidad me contestó diciendo que en el camino profesional se establecería la diferencia.

No se imaginaba lo que años después sucedería cuando parte de aquellos tontos llegasen a ocupar lugares altos en la arqueología mexicana, aunque la mayor parte de los que ahora la manejan no pasaron por sus clases, pero han sido alumnos de los “peces”. Es muy importante señalar que, con la desaparición de don Pedro y algunos otros profesionales de la arqueología, en la formación de los arqueólogos mexicanos se ha perdido la proporción entre lo local y lo mundial, o sea, la necesaria correlación comparativa, ausencia que mantiene el musical folklorismo del “como México no hay dos”, olvidando que como cualquier país tampoco hay otro igual y que lo que en verdad existe y hay que tener en cuenta es cierta relación, por un lado, y similitud de patrones culturales, por otro, producto de la inevitable repetición que el desarrollo cultural del grupo humano alcanza en situaciones semejantes, independientemente de su temporalidad, matizadas claro está, por condicionamientos mediales específicos.

Lo anterior significa que en la ENAH se formó, con don Pedro entre otros, una serie de generaciones que pudieron obtener la ne-

cesaria visión de un pasado mundial, si no compartido, cuando menos con semejanzas y, con ello, una forma de entender la humanidad. La pobreza intelectual posterior de la ENAH impide tal visión mayor, sin que esto conlleve la repetición de un don Pedro como profesor, algo en verdad imposible, pero que se debiera haber intentado parcialmente al menos.

Su personalidad encajaba con la del profesor distraído de tanta literatura y, desde luego, lo era; recuerdo y recordaré siempre un caso concreto, pues lo contemplé. Llegó don Pedro a la que por muchos años fue sede de la ENAH, en los altos del ahora Museo de las Culturas, cuatro salones, sin otra ventilación que la de la puerta, y un salón más grande, el ‘‘aula magna’’, en el que se celebraban los cursos del primer semestre, durante cierto tiempo necesario debido a la afluencia de mucha gente, sobre todo de ‘‘cultas damas’’ que querían escuchar las conferencias maestras de Alfonso Caso.

Había entonces un solo empleado, bedel en la vieja nomenclatura, el inolvidable don Gabino (la curiosa cortesía mexicana de origen colonial mantiene el don para los varones en cualquier clase social). Un día don Pedro apareció, como siempre, con su enorme maletín lleno de libros y se metió en una de las aulas, ya ocupada por estudiantes, por lo cual se aposentó y comenzó con lo suyo. Algún osado muchacho le hizo saber que ellos, los allí sentados, esperaban recibir clase con otro maestro, al que le tocaba aquella aula aquel día, en aquella hora. Don Pedro preguntó a don Gabino, quien le dijo que era martes y no miércoles, por lo cual la clase de don Pedro no correspondía a esa fecha, lo que fue aceptado sin la menor protesta, salvo un gesto de sorpresa.

En sus cursos, a los que llevaba libros cuyas láminas pensaba proyectar, era frecuente que, en el episcopio, la permanencia de la misma ilustración por demasiados minutos hiciera que se quemase, o bien que, para facilitar la proyección, arrancase del libro la página necesaria.

En ese sentido, el de los libros, no era extraño que se dirigiera a

uno preguntándole, no pidiéndole, si tenía tal o cual ejemplar suyo. Me tocó alguna vez hacerle saber que sí, que me había prestado tal libro, pero que hacía tantos años lo había devuelto. También confieso que me quedé con uno suyo, quizá por no haberme lo pedido.

Un aspecto de sus únicas características era la manera de conducir el automóvil; gentilmente, como era su forma de ser, se ofrecía a sacarnos de la Universidad en ciertas ocasiones para participar en alguna reunión académica fuera del ámbito universitario. Nos subíamos a su vehículo y comenzaba un trayecto lleno de momentos angustiosos, pues el conductor, él, prestaba la mínima atención a lo que pasaba en la ruta que seguía ya que su interés era mantener la conversación con quienes habíamos tenido el atrevimiento de ser conducidos. Normalmente manejaba con una sola mano, la izquierda, pues la otra la dedicaba a accionar sobre lo que hablaba, volteando algunas veces para ampliar algún punto a los aterrorizados viajantes, abandonando por completo el volante para dirigirse a sus interlocutores. Aceptar la invitación de don Pedro era todo un riesgo, pero uno no se podía resistir, sobre todo con el fundamento de que Dios protege a la inocencia y, desde luego, en cuanto a manejar un vehículo él era un peligroso inocente. Más tarde sus hijos, en sus últimos años, le pusieron un chofer.

Curioso es que su indiferencia acerca del hecho mecanicista de manejar un vehículo terrestre de cuyo funcionamiento, como proceso técnico, jamás tuvo la menor idea ni buscó tenerla, se unía al desinterés en otros procedimientos científicos, como los fechamientos mediante el Carbono 14.

La in-memoria de don Pedro era algo muy sabido, aunque en realidad era una absoluta despreocupación de ciertos hechos materiales, considerados existentes, desde luego, pero sin mayor trascendencia.

En el tiempo en el que estuvo en la UNESCO como jefe de la División de Filosofía y Humanidades, de 1948 a 1952, vivió algo

sumamente curioso. En la entonces naciente organización ya se marcaba su profunda rémora burocrática, que más tarde conocí personalmente. Recuerdo los problemas que a ese respecto don Pedro alguna vez me comentó sobre las copias de los documentos que desde su puesto tenía que hacer, pues para ciertas cosas eran necesarias tres, para otras siete, con lo cual y tomando en cuenta sus frecuentes errores, considerados protocolariamente graves, mandaba hacer cuando menos ocho, cuyo destino, me dijo, no dependía de él, sino de los burócratas institucionales.

El cariñoso desprecio que don Pedro mantuvo respecto de todo lo protocolario y oficialesco se fundamentaba en la obvia inutilidad de tales procedimientos: El tiempo que pasó en altos puestos oficiales lo vacunó contra sistemas en los que su vocación científica, política, catalanista y republicana no permitía la inhibición.

De aquella estancia en la UNESCO guardo algunas cartas, pues mantuvimos cierta correspondencia, cartas que él, como lo que en su formación original era lo correcto entre amistades, escribía a mano, no en máquina de escribir, insultante degradación de las formas que entre amistades se deben guardar. Yo, con mi ausencia de sindéresis, le escribía a máquina, y creo que todo lo que le comunicaba podía ser entendido, pero la alrevesada escritura de don Pedro hacía que cada carta recibida tomase algún tiempo en descifrarla; conseguí bastante pero, en ciertos casos, no pude lograr la comprensión completa; había algunas frases de las difíciles que, por lo que precedía y continuaba, podían ser entendidas, otras no.

Cuando don Pedro regresó a México, en alguna visita a su biblioteca, su centro de trabajo, le llevé dos o tres de aquellas incógnitas y, tras un análisis fácil en algunas partes, en otras llegó a la conclusión de que había frases de las que no tenía ni la menor idea de qué es lo que había querido decir. Este vuela-pluma escrito tenía su parte en lo verbal, pues me acuerdo que, en aquel Congreso de la UISPP en Hamburgo, hablando con algún colega alemán, yo que en esas fechas algo entendía de su idioma, me di

cuenta de errores en algunas declinaciones. Con gran humildad, más bien sorpresa, se lo hice notar, siendo su respuesta, simple, directa y carente de posibles remordimientos, que los alemanes también manejaban mal sus declinaciones.

Desde luego, su poliglotismo era bastante independiente respecto de lo gramatical, sin que ello fuese impedimento alguno por cuanto a su relación con colegas en otras lenguas.

Gozaba de un magnífico apetito y se recreaba en él. Dicen, pero eso no lo sé, pues no participé en ello, que a veces, cuando tenía algún compromiso social, los que siempre eran en relación con el aspecto académico, invitaba a las personas del caso a un restaurant que existió en Tlalpan, llamado “Las Barracas”, en el que se hacía, entre otras cosas, una muy buena paella, que se comía como entremés, y luego daba comienzo a la comida. Lo creo posible, aunque me parece que sólo él sería quien hiciese honores a la segunda parte.

Su cercanía a Pantagrúel la contemplé en dos ocasiones: la primera fue cuando, con motivo del Congreso de la UISPP, que se celebró en Roma, en el verano de 1962, los prehistoriadores catalanes, abundantes y encabezados por don Luis Pericot, quien había sido su discípulo, pues era nacido en 1899, unos ocho años más chico, organizaron en una “trattoria” una cena en honor de quien fuera el creador de los estudios de la Prehistoria española. También fui invitado.

Era el mes de agosto y en Roma el calor es en ese tiempo fuerte, por lo cual don Pedro desde el primer día apareció con polícromas camisas acapulqueñas, llevadas por fuera del pantalón, algo entonces increíble en Europa. Nos reunimos al aire libre, una larga mesa encabezada por don Pedro y, en el extremo opuesto, don Luis. Ya acomodados (a mí me tocó más cerca del discípulo que del maestro) recibimos los menús e hicimos nuestra selección. Para esto don Pedro primero habló con el mesero, éste se fue y regresó con el cocinero, tras lo cual parece que estableció su menú.

En grata comparsa transcurrió la cena, con un jocosos comen-

tario de don Pedro acerca de lo que don Luis estaba cenando, un huevo y algo de pescado hervido, pues dijo algo así como “mira esos muchachos”. La cena tuvo su natural sobremesa y los comensales, despidiéndose del maestro, se fueron yendo poco a poco. Y alguien, de quien no recuerdo el nombre, salvo que era catalán, y yo, ritualmente acompañamos hasta su hotel al homenajeado, quien, en la puerta, como había un café todavía abierto, nos dijo: “ahora invito yo”, con lo cual nos sentamos y continuó la charla; él se bebió dos “expressos” y otros tantos brandies locales, una cosa que recuerdo se llamaba Buttoni, y hacia las tres de la mañana le dijimos que la sesión del congreso comenzaba a las nueve y que ya nos teníamos que ir, a lo que respondió: “bueno si ya os queréis ir...” En aquella fecha tenía 71 años.

Otra de sus expresiones de buen diente, que se dice, fue aquella vez que, entre otras cosas, se comió solo un “tortell”. Aclaremos, en lo que entonces se llamaba Departamento de Antropología, como parte del Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM, en el que entre algunos insignes maestros estaba don Pedro, era costumbre que el último día antes del comienzo de las vacaciones de Navidad y Año Nuevo, precisamente con motivo de no verse hasta el otro año, se llevaba a cabo un ágape informal para el que todos llevaban algo comestible o bebible.

En cierta ocasión me tocó participar y aquella vez don Pedro había llevado el “tortell” referido, pieza de pastelería catalana, consistente en una rosca de unos 40 cm de diámetro, rellena de crema batida, producto entonces de una pastelería llamada Sendra, de pastelero catalán, por lo que fue la seleccionada, ya que en aquel entonces no había otra igual. Sentado en proximidad suya según transcurría la reunión, picando en aquello y en lo otro, me fijé que él no quitaba el renglón de frecuentes trozos de tortell, hasta que se lo acabó él solito, pero lo insólito fue que, de repente, miró el reloj y dijo: “¡ah caray!, me voy, pues tengo gente invitada a comer”.

Otra de las pruebas de su buen apetito y gusto por el comer la contemplé en Lima, cuando, con motivo de celebrarse un congre-

so de americanistas, para mi gran sorpresa me encontré con don Pedro, quien acababa de ser operado de la vesícula biliar. Le pregunté que cómo era que estaba allí tras la operación, a lo que me respondió que sus hijos le habían pagado el viaje, que todavía llevaba drenaje, pero que lo habían mandado... con la policía. Me aclaró que tal cosa era su mujer, claro está que enviada por la familia para cuidarlo. Tres o cuatro días después, en un aparte me dijo que había encontrado un pequeño restaurant en el que servían la mejor gallina en aji del mundo, pero que se veía obligado a comerla entre comidas, para no denunciarse.

La categoría de don Pedro como bon vivant, como participante de la filosofía de la vida como belleza en todos sus aspectos, es algo que en él tuvo continua vigencia.

Alguno de sus colaboradores en Barcelona me contó que, cuando fue rector de aquella Universidad, las mujeres que limpiaban los pisos en la noche reconocían la retirada del señor rector, ya muy tarde, cuando ellas trabajaban, por la afectuosa palmada en las posaderas que recibían al pasar de salida del honorable rector, en un acto alegre, sin concupiscencia.

Si se contemplan las fotografías de sus tiempos, más frecuentes en los de su madurez, vemos todo un señor, buen tipo, con gran presencia y, si eso se unía al ser un gran conversador, no es un falso supuesto su gentileza con las damas; sencillamente recordemos los trabajos arqueológicos en Emporion, Ampurias, a los que asistían, entre otros, naturalmente, las más bellas arqueólogas europeas, donde, dice la leyenda, cada sábado había un baile al champán y de traje largo en honor de ellas. Qué belleza en originar tales situaciones.

Tenía, y mantuvo, una clara inclinación por lo bello, sobre todo hacia lo femenino. No es posible, para una mujer, recibir de su marido algo más bello que la dedicatoria de quizá su mayor obra, la que comentamos, en la que tiene la dedicatoria ya dicha: “Iosephinae in fortuna et adversitate uxori dulcissimae sacrum”.

Fumar, para don Pedro, era una necesidad, la que por razones médicas le había sido prohibida. Consideró, sin embargo, que la prohibición era sobre los cigarrillos (fumaba Delicados), pero que no se había dicho nada sobre los puros, por lo cual se vio en la obligación de abandonar los primeros para dedicarse a los segundos.

Sobre los puros, recuerdo cuando lo acompañé a visitar, en Hamburgo, al Presidente del Congreso de la UISPP, que allí se celebró en 1958; viejo amigo, con la mayor naturalidad del mundo, de una caja que aquél tenía en su mesa, don Pedro tomó como una media docena de puros, sin que ninguno de los dos, el despojador y el despojador, mostrasen la menor seña por lo que había sucedido. Se trataba de un viejo amigo.

Pero lo que indica la afición al tabaco que tenía fue algo que me tocó contemplar y creo haber sido el único en ello. Entré en la biblioteca de don Pedro, que era un pabellón aparte en su casa, y vi, junto a él, un tanque de gas con su manómetro, del que salía un tubito, pasaba sobre el hombro derecho del personaje y se sujetaba a su frente con una tira de tela adhesiva, para bajar y llegar a su nariz, con dos ductos; se trataba de un tanque de oxígeno, según me pude dar cuenta y, ¡horror!, don Pedro tenía el cigarrillo en la boca, estaba fumando. Le hice ver el grave riesgo de explosión que se podía producir, a lo que con gran naturalidad me dijo: “es que tengo un asma que sin el oxígeno no puedo fumar, me ahogo”.

Su obra, la que ahora se presenta, tiene una parte débil en lo que corresponde al Paleolítico, pues ahora se conoce mucho más; incluye sus teorías acerca del arte parietal, las que existían y se manejaban en aquella época. El hecho es que don Pedro, si de la más lejana Prehistoria algo le interesaba era precisamente el arte parietal.

Su capacidad y su conocimiento del latín quedaron claramente demostrados en su tesis doctoral: Los Poemas de Baquilides de Ceos, traducida al castellano en 1910. Esto le permitió acceder a una documentación en esa lengua, e incorporar su obra acerca de la

Etnología de España todo lo que significaba la Protohistoria, así como la de muchos otros países de Europa, ciencia la Protohistoria que entre nosotros se nos ha falsificado con la expresión Etnohistoria.

En don Pedro había una composición personal aparente, que en todo ser humano la hay, pero la suya era grande, variada, y no variable. Aquél que hizo la hasta él inexistente Prehistoria española a principios de este feneciente siglo, no sólo restaura el ser profundo catalán, también español, sobre todo éste, puesto que, para aquellas fechas, lo catalán estaba impedido de existir, sin que esto significase su ausencia.

Sobre el mismo tema de su participación en lo arqueológico, él estuvo entre quienes fundaron la Internationale des Sciences Proto et Préhistoriques de carácter mundial.

Curiosamente, tanto don Pedro Bosch-Gimpera como V. Gordon Childe han sido acusados de tratarse de arqueólogos que, alcanzando altos planos de síntesis y teóricos, no respondieron con la requerida práctica. En ambos casos tal impugnación es falsa, sin que sea necesario enumerar lo que publicaron respecto de sus excavaciones. Curiosamente, al menos entre nosotros, las críticas a los arqueólogos y a la arqueología nacional, si es que como tales se les puede considerar, siempre han surgido de quienes menos trabajos de campo acumulan en su tarea, en eso que se llama curriculum.

Nuestro don Pedro fue de una calidad que escapa a la ecuación que ahora reina en las relaciones humanas, incluyendo las académicas, las de ser looser o winner. La imbecilidad de tal dicotomía muestra una incapacidad de aclarar en qué se es ganador y en qué perdedor, curiosa disyuntiva de variable calificación en eso que llaman cultura de la alguna vez supuesta civilización cristiana occidental.

Mostró despreocupación por algunas cosas, las que no creyó que fuesen importantes, pero respetó. Tuvo la gentileza de saber escuchar a todas las posiciones políticas de la emigración republicana tan llena de antagonismos, sin perder la propia. Posiblemen-



te tuvo aquel liberalismo decimonónico matizado por la necesidad de las autonomías españolas, que no era el cantonalismo, claramente existente en lo cultural, parcialmente en lo social y no siempre con correlación clara en lo económico.

No lo veo incluido en esa curiosa categoría de “transterrados”, puesto que su tierra era la Tierra toda. Habitante del mundo, se decía catalán, español como algo lógico y más tarde mexicano. Ahora totalmente, pues aquí está enterrado, parte integral de su país de adopción al que honró internacionalmente.

Miembro de una verdadera elite, la cultural, la superior, la del oikumene. Si hubiera algún título nobiliario, la posteridad lo hubiese conocido como don Pedro el Bueno.

JOSÉ LUIS LORENZO

